

La productividad sí que importa... y mucho



Juan R. Cuadrado Roura

La economía española está enfrentando una situación muy compleja. No hace falta descubrirlo. El nuevo Gobierno del PP tiene una difícil tarea por delante y tendrá que actuar simultáneamente en muchos frentes. He revisado los programas de los distintos partidos y me sorprende que en ninguno de ellos figure alusión alguna al tema de la baja productividad de la economía española y la necesidad ineludible de mejorar este ratio para bien del país. Sólo CiU dedica una mención lateral a esta cuestión.

Posiblemente esta ausencia es comprensible. Los partidos quieren atraer votos y, para ello, además de pregonar sus criterios ideológicos, prefieren ajustarse a las prioridades de los votantes que, como muestran las encuestas, están preocupados por el empleo, en primer lugar, y también –y mucho– por el futuro de la sanidad y la educación públicas, por las subidas y/o rebajas de impuestos, por las deficiencias de la justicia y por otras cuestiones en las que existe un menor grado de coincidencia. Si alguien les habla de la importancia de la ‘productividad’ y de que España debe mejorarla, seguramente una gran mayoría no entendería bien a qué viene el tema cuando lo que hace falta es empleo.

Un precepto claro del análisis económico es que el crecimiento de cualquier economía debe basarse siempre en la mejora continua de la productividad. Como subrayó Paul Krugman: “La capacidad de un país para incrementar su nivel de vida a lo largo del tiempo depende, casi enteramente, de su capacidad para que la producción por trabajador aumente”. Absolutamente ningún manual de Economía contradice esta idea.

Costes y precios

Además, la productividad, los costes y los precios guardan una relación muy directa con la competitividad de los países en los mercados internacionales. Y cuando un país no tiene la posibilidad de utilizar la devaluación de la moneda como instrumento de ajuste, cosa que nos sucede en el marco de la UE, la recuperación de la competitividad perdida requiere, necesariamente, el logro de mejoras en su productividad, junto con todo tipo de esfuerzos para reducir costes y precios e incrementar la calidad de las exportaciones.

Desde mediados de los 90 hasta el último tercio de 2007 la economía española mostró unos resultados ‘aparentemente’ espectaculares: tasas de crecimiento del PIB por encima del 3% y una fuerte creación de empleos. Sin embargo, un rasgo que caracteriza este largo periodo es que la productividad laboral creció a tasas anuales muy bajas y a veces nulas, muy alejadas de la media de la UE y de Estados Unidos. Baste recordar unos pocos datos: en el periodo 1995-2000, la productividad laboral creció en España a una media anual del 0,3%, que si bien mejoró entre 2001-2007 (0,5-0,6% como media anual), siguió estando casi un 50% por debajo de la media de la UE y bastante más

alejada todavía de EEUU y de varios países europeos (Austria, Finlandia, Suecia, Irlanda, por ejemplo). Además, las estimaciones de la ‘productividad total de los factores’ (que reflejan las mejoras en la productividad debidas a cambios organizativos, progreso técnico, introducción de innovaciones, etc., y no a los simples aumentos de los factores trabajo y capital) mostraron casi de continuo signos negativos. Una realidad sin duda muy preocupante.

La crisis actual nos ofrece, en este terreno, un giro sorprendente pero absolutamente engañoso. En los últimos tres años, la productividad por trabajador ha aumentado en España tanto a nivel agregado (alrededor del 2% como media anual) como en casi todos los sectores productivos (en algunas manufacturas, en particular, pero también en bastantes servicios y en la construcción). Pero, aunque algún político ha comentado este hecho como un logro positivo, su raíz última es bien sencilla: se explica casi totalmente por la fuerte caída del empleo que ha registrado el país a partir de 2008.

Todos los programas de los partidos incluyen compromisos y promesas sobre la creación de empleo. Sin duda, es un objetivo absolutamente necesario y deseable. Pero es preciso que los empleos se creen en sectores que mejoren claramente la productividad de la economía española. Hay que ver la economía en el medio/largo plazo, no a corto. Y desde esta perspectiva, la productividad y una de sus deriva-

Hay que primar las inversiones productivas, cancelando proyectos que no nos podemos permitir

ciones, la competitividad, constituyen retos fundamentales para España. Hay que retomar la política industrial. Hay que primar las inversiones productivas, cancelando proyectos que no nos podemos permitir (como la extensión absurda del AVE, o el gran eje mediterráneo).

Los múltiples factores que acaban influyendo en la productividad laboral y también en la PTF hacen difícil que puedan darse recetas para actuar. Hay que hacerlo simultáneamente en múltiples frentes, entre los que destacan favorecer las inversiones de capital directamente productivo, invertir en formación y capital humano, primar la innovación y la inversión privada en investigación, impulsar la industria y en particular los sectores exportadores, flexibilizar más la economía, fomentar la internacionalización de las empresas, y eliminar los factores institucionales y de regulación que no favorecen mejoras en la eficiencia.

No se trata de diseñar nuevas ‘leyes’. Ya las tenemos en exceso. Más bien sobran algunas. De lo que se trata es, sobre todo, de que las actuaciones que se pongan en marcha estén realmente interrelacionadas y coordinadas en todos los frentes citados. La productividad mejorará entonces y no debido a la destrucción de empleo (como está ocurriendo), sino de forma compatible con la creación de más empleos.

Catedrático de Economía Aplicada e IAES.
Universidad de Alcalá